

## EL IDIOMA Y EL LIBRO COMO ELEMENTOS EMANCIPADORES

Diana Gámez /djota.gamez@gmail.com

Universidad Nacional Experimental de Guayana.

**Conferencia central pronunciada el 24 de abril de 2024 durante el ciclo de ponencias del Departamento de Educación, Humanidades y Artes de la Universidad Nacional Experimental de Guayana por motivo de la XI Edición de la semana del Libro y el Idioma UNEG**

**E**l tema de este encuentro –nada sencillo, por cierto– nos expulsa del presente y nos retrotrae a lo originario, cuando el ser que apenas se levantaba sobre sus pies iniciaba el largo e incierto camino hacia su hominización. Ese que buscó refugio en las cavernas para protegerse de las fieras y que pudo dejar testimonio de su presencia a través de sus pinturas. Como por ejemplo en la de Altamira, la cueva prehistórica de Santillana del Mar en la cornisa Cantábrica. En sus paredes están las famosas pinturas rupestres, pertenecientes al paleolítico superior y a los períodos solutrense y magdalenense. Los estudiosos hablan de realismo con ausencia de figura humana, representación de animales y carencia de composición.

El paleolítico es el período más antiguo y largo de la prehistoria, conocido como el de la piedra tallada. Entre la primera y la última glaciación encontramos al hombre del Neandertal -y ya en el paleolítico superior- es el Homo Sapiens el que progresa en la caza y avanza en las mejoras de su habitáculo.

Aquel homínido, seguramente, se comunicaba con su gestualidad y movía las manos para hacerse entender. Es una obviedad concluir que aquello pre-

cede al protolenguaje asociado al homo habilis y al homo ergaster. Lo cierto es que mientras más miremos hacia atrás las respuestas se tornan más evasivas y las explicaciones se hacen más complejas. Todas en un tono altamente especulativo. El teórico de hoy desmiente al anterior. Como hizo Noam Chomski con Charles Darwin, al plantear la perspectiva innatista para intentar desplazar la teoría evolucionista.

El origen del lenguaje humano sigue siendo uno de los misterios que no deja de intrigar a lingüistas, biólogos, antropólogos, neurólogos, entre otros científicos. Con la secuenciación del genoma humano se buscan respuestas mediante el gen del lenguaje, que ayuden a explicar qué serie de mutaciones se produjeron para que seamos unos privilegiados, gracias a este complejo sistema de comunicación.

En tanto, otros estudiosos avanzan en la propuesta de que el lenguaje es producto de la evolución cultural y no de la evolución biológica. Everet apuntó en 2012 que “deriva de una interacción entre genes y ambiente. Suponer, por tanto, que es un producto exclusivo de la cultura o del genoma es una idea simplista y equivocada”.

Mientras la ciencia dilucida el misterio del lenguaje, me permito especular que hace 150.000 años más o menos, cuando el Homo Sapiens emite los primeros sonidos, empieza a emanciparse de la dictadura del silencio. Con los sonidos que emite expresa, informa, comunica lo esencial de la sobrevivencia en tan adversas condiciones. Rompe las cadenas que lo ataban a aquella afasia que le impedía evolucionar.

Pasa de la insonoridad a vivir su propia sonoridad. Porque él escuchaba los sonidos de la naturaleza: el canto de las aves, los rugidos de las fieras, la melódica fuerza de la lluvia con los truenos que la preceden, el viento silbando en las copas de árboles, los zumbidos de algunos insectos y con tan buen oído hasta escuchaba cuando la hierba crecía. Imaginemos cuando aquel bípedo reproduce los sonidos con su aparato fonador: se había liberado de unas ataduras que lo mantenían en la mudez.

Los estudiosos del tema coinciden que transcurrieron millones de años para que esta maravilla -llamada lenguaje- apareciera sobre la faz de la tierra. De suyo, lo que se denomina lenguaje articulado emergió hace apenas 50 mil años, para hacernos la especie con el sistema de comunicación más evolucionado que existe. Eso por sí solo nos confiere una condición de excepcionalidad de la que pocos somos conscientes.

Cada grupo que habitó este planeta ha hecho aportes a la evolución de la lengua. Desde la onomatopeya, pasando por la consolidación de la oralidad como un logro esencial, hasta las más complejas elaboraciones a partir de la palabra escrita, demasiado reciente en la historia de la humanidad. Cada uno de estos aportes puede ser considerado un proceso emancipador, que elimina trabas, rompe mordazas, supera obstáculos para hacer de la apropiación del idioma un acto de liberación.

El idioma nos libera del silencio y de la incomunicación que se produce en la cárcel de la ignorancia. Porque una lengua no es solo un código lingüístico o un corpus de reglas gramaticales. Siempre va más allá por la importancia de sus hablantes, los mismos que le otorgan sentido y la revitalizan -de manera constante- con sus dinámicas sociales. En este sentido, Merleau Ponty, enfatiza que la lengua es una manifestación, una revelación del ser íntimo y del

vínculo psíquico que nos une al mundo y a nuestros semejantes.

Para Andrés Bello la lengua emancipa cuando es lengua de pensamiento y creatividad. La lengua da su forma al pensamiento, y hablar y escribir es crear pensamiento mientras se habla y se escribe. Bello, creador de la Gramática de la lengua española en 1847, criticó las anteriores gramáticas -imagino que la de Antonio de Nebrija en primer lugar- “por su dependencia servil del latín”. Decía que el español no obtiene su vitalidad de sus ancestros, sino de su libertad, tanto del habla social como de sus obras literarias. Julio Hubard se pregunta si Bello se habrá dado cuenta que en su gramática se materializa una analogía con la lucha de la independencia, pero que la suya no terminó entrampada en laberintos, generales, revueltas, insurgencias.

La literatura -cuyo significado primigenio es piedra grabada- es la expresión superior de la lengua. Y con la literatura -como experimentación, creación e imaginación- se genera un proceso liberador: porque la literatura como emancipación es la resistencia frente a la instrumentalización del idioma. Además, la imaginación es liberadora y redentora, como afirmó Luis Mateo Díez, premio Cervantes 2024.

Por orden de precedencia, primero fue el idioma y después el libro. El primero encontró en el segundo todas las formas de trascendencia y su culmen. Como dejó dicho Jorge Luis Borges, el libro es una extensión de la memoria y de la imaginación y genera conciencia y conocimiento. Son tesoros que guardan la memoria, la cultura y el espíritu de los pueblos.

Nuestra cultura, como apunta Fernando Savater, está basada en el libro. “Libros son la Biblia y el Corán, el Código de Justiniano, la Enciclopedia de Diderot y los ensayos de Montaigne. Y nosotros, los que nos tenemos por civilizados, somos ante todo el producto de muchos libros”. Que nos abren al mundo para hacernos más humanos, para aprender lo desconocido y de lo desconocido, para aumentar nuestro espíritu crítico y sobre todo para hacernos más libres y emanciparnos de todas las formas de control que se han ideado para mantenernos dominados.

El libro que orbita desde la Galaxia Gutenberg se mantuvo firme cuando nos mudamos a la Galaxia Lumiere, pero la situación ha cambiado con una nueva

galaxia que llamaremos Zuckerberg-Musk, que ha encarcelado a varias generaciones en las redes sociales, que alojan a los que han renunciado a la libertad y han elegido la servidumbre voluntaria.

Allí impera una neo lengua que busca atrapar e “informar” con el menor esfuerzo y el menor número de palabras. Nunca la economía del lenguaje había sido tan real y productiva, en especial para los influencers, dueños de millones de voluntades con vocación de manada. Fanáticos seguidores de quienes convierten un vestido, el maquillaje o la lencería en objeto de deseo de sus voraces consumidores. Todo impuesto por la tiranía de la frivolidad, mientras los influencers y el resto de la fauna que vive de y en las redes sociales monetizan y engordan sus cuentas bancarias.

En este terreno de las redes sociales veo cuesta arriba la emancipación a través del Idioma y del libro. Porque la exagerada instrumentalización del primero impide su justa valoración como elemento emancipador. Mientras que el libro -incluido el e-book- sigue siendo infravalorado por los nativos digitales, incluida la generación Z. En todo caso, se trata de un tema neurálgico, de vida o muerte, que debe ser discutido a profundidad. Porque lo inferido puede no corresponderse con lo que realmente piensan y hacen nuestros jóvenes. La pregunta que dejo a esta audiencia es sí ¿las redes sociales emancipan o son sus ergástulas?